HISPANIA

VOLUME I | *May*, 1918 | NUMBER 2

LA PASIVA REFLEJA EN ESPAÑOL

Quisiera dar algunas ideas claras y elementales sobre este punto a los *Teachers of Spanish*. Para ellos escribo y no para romanistas. La práctica de la gramática histórica me va convenciendo de las grandes ventajas que se logran con sus métodos aun en la enseñanza no superior; si queremos que nuestros alumnos nos entiendan y no aprendan reglas vacías, hay que dar explicaciones históricas. Lo que al pronto parece un estudio excesivamente complicado y árido, resulta después agradable, y lo que es más, ahorrador de tiempo y de dificultades. Un ejemplo de ello me propongo dar a continuación.

La pasiva refleja comienza ya en latín. Hubo, por lo visto, en esta lengua gran resistencia por parte del pueblo a usar la pasiva, lo mismo que hoy acontece en español. Así por ejemplo, dice Plauto: *quae me amat, quam contra amo,* utilizando el giro directo en lugar del pasivo: *uxor me amat et amatur a me.*[1]

Esto se debía en latín a la misma causa que en español: a que nos interesa siempre mucho más la actividad de un agente que la receptividad del paciente. Cuando vemos un hombre que siega un prado, la forma mas inmediata de nuestra reacción lingüística es decir "el hombre siega la yerba"; y no se nos ocurre traducir nuestras representaciones con la fórmula: "la yerba es segada por el hombre." Esto concuerda con lo que dice Wundt que la pasiva

[1]Es decir: "Mi mujer me quiere y yo a mi vez la quiero", en vez de "Mi mujer me quiere y *es querida* por mi". V. Schmalz, *Lateinische Syntax,* 1910, párrafo 230.

es en sí una construcción tardía que las más de las veces ha sido reemplazada por perífrasis activas.

Consiguientenmente cuando el latín se abandonó al uso espontáneo del pueblo, las construcciones pasivas desaparecieron (*amatur, moneor, etc.*) y la función que desempeñaban estas palabras fué expresada por otros giros que no es del caso analizar, sino en lo que atañe a la tercera persona. En efecto, cuando se expresaba que un objeto recibía una actividad (esto sólo podía acontecer en la tercera persona), muchas veces no se decía el sujeto que la producía: *littera scribitur* "la carta es escrita," *hoc dicitur* "esto es dicho," pero sin expresar quien escribe o quien dice. En este momento sucedió un cambio fundamental, motivado por lo que decíamos antes de la resistencia con que el pueblo emplea la pasiva, y además por el carácter impersonal de esas frases. La conciencia popular buscó a pesar de todo un sujeto a quien referir la acción del verbo, y dijo *littera se scribit, hoc se dicit,* y convirtió así en sujeto psicológico y gramatical lo que hasta entonces había sido objeto psicológico; y fueron asimiladas estas construcciones a las reflexivas del tipo "él se lava," suponiendo que los objetos son capaces de la misma actividad que las personas.

Así pues, la pasiva refleja fué producida por un deseo de vitalizar las cosas, y únicamente el análisis descubre el carácter pasivo, dando una explicación lógica a lo que gramaticalmente no la tiene. Nótese a cuan profundo pensar se presta esta incongruencia entre la forma gramatical del lenguaje y las realidades que éste expresa.

En español tales construcciones se emplean sin trabas cuando se trata de objetos, y se prorroga así el uso del latín vulgar: "se cierra la puerta" "se miran los cuadros", y conforme a su origen la concordancia del verbo con el sujeto gramatical es de rigor. Con personas llegó a producirse alguna dificultad. Si decimos "se consultan los médicos", puede haber ambigüedad, pues no sabemos entonces si los médicos se consultan a sí mismos o si alguien va a consultarlos. Para obviar ese inconveniente, desde el siglo XV se usa la preposición *a* para indicar que la persona es el término de la acción del verbo, y no el sujeto. Es decir, al movimiento algo confuso y emotivo que creó aquella construcción, sucede ahora una reacción de análisis y claridad. De ello resultan frases del tipo, "se consulta a los médicos", en las que ya se ha roto la concordancia, puesto que *a* hace sentir gramaticalmente que

"los médicos" no es el sujeto; pero en cambio queda ahí el *se* como apéndice extraño, y que sin embargo no puede suprimirse. ¿Cuál es la función de este fósil? Unicamente indicar el carácter impersonal de la oración, lo mismo que en "se mira el cuadro". Gramaticalmente no se puede expresar quien mira; y como sucede en esos casos, surge enseguida la noción de alguien no expresado, vago e impersonal, que realiza la actividad del verbo. Recuérdese el carácter impersonal que tenían en latín *dicitur, legitur, etc.*

En estas oraciones el complemento de persona precedido de *a* es directo o indirecto según la naturaleza del verbo; en "se consulta a los médicos" es directo; y en "se paga a los acreedores", indirecto. Pero aunque sea así, al reproducir estos complementos por un pronombre, este pronombre es siempre *le, les,* en regiones y en escritores que no emplean *lo, la,* para el dativo: "se les consulta," "se les paga". Cuervo (nota 106 a Bello), piensa con acierto que en esta combinación *se le,*—en que *se* es gramatical e históricamente acusativo,—*le* ha recibido la función de dativo para separarse más claramente de las combinaciones "*se lo* dió", "*se la* dió", en que *se* es dativo de persona, y *lo, la,* acusativos de cosa, y también para evitar la reunión de dos acusativos como habría acontecido si se hubiese dicho "se los consulta a los médicos". Yo creo además que este uso de *se le* fué favorecido por los casos en que el pronombre reproducía el régimen de un verbo que pedía dativo como en "se paga a los acreedores". Cuando al verbo sigue un complemento de cosa acusativo, y otro de persona, dativo; "se da dinero a los probres", al emplear un pronombre reproductivo, éste no podía ser sino *les*: "se les da dinero". Estos casos han influido sobre construcciones del tipo, "se consulta a los médicos" = "se les consulta". No me parece pues que se pueda decir en absoluto, como Hanssen (*Gramática histórica,* § 513) que sea dativo todo complemento con *a* del verbo en pasiva refleja; él cita "se invoca a los Santos". Es decir, que aun cuando en "se les invoca" *les* sea dativo, por analogía, lo mismo que en "se les paga", eso no impide que en "se paga al acreedor" el complemento sea dativo y en "se ve al amigo", sea acusativo. Una delicada complicación de estas construcciones.

La analogía que con tanta fuerza gobierna el lenguaje ha ampliado las posibilidades de estas construcciones. La función primitiva que indicaba que una cosa realizaba una acción ha ido esfu-

mándose, y ha predominado el significado impersonal de la oración. De ahí que el verbo pueda estar solo: "se canta", "se vive"; o modificado por un adverbio: "se come bien"; o recibir un predicado con valor adverbial; "se lucha seguro".

Como se ve en todos esos ejemplos y en sus análogos, el progreso que ha realizado nuestra construcción ha consistido en que el verbo ha pasado a ser impersonal (y como tal puede estar solo) o ser modificado por un adverbio o por un predicado que haga su oficio. Pero el *se* no ha llegado a despertar la noción de un sujeto y por ese motivo no se suelen usar aquí verbos predicativos, sobre todo *ser y estar,* meros vehículos para predicar connotaciones de sujeto. No se debe decir: "se está contento en mi familia", "se era agradable", cuando nos proponemos dar a la oración un sentido de pasiva refleja e impersonal; y eso sencillamente porque no hay sujeto a quien referir tales predicados.

No obstante a veces se oye y se lee: "se está conforme", "se es simpático", etc. Aquí se trata de una influencia francesa,[1] cuyas oraciones con *on* influyen inconscientemente. Como en la mayoría de los casos coinciden ambas construcciones, y se puede traducir *on mange bien* por "se come bien", modernamente se traduce análogica e indebidamente *on est d' accord* por "se esta conforme". Pero esto no puede ser porque en francés *on* es un verdadero sujeto, reducción de la palabra *homo,* y en cambio *se* como hemos visto, es muy otra cosa. En español antiguo hasta el siglo XVI, hubo una construcción análoga a la franceca formada con *hombre; se* decía: "como hombre se viste", "hombre va hacia el río", correspondiendo exactamente *hombre* al francés *on* y al alemán *man;* pero de ello sólo queda rastro en algún dialecto. Hoy en esos casos empleamos *uno* (con limitaciones, sin embargo).

¿Logrará el uso generalizar las oraciones del tipo "se está contento"? Desde luego un extranjero debe guardarse de emplearlas.

Hay otra incorrección que se esta desarrollando modernamente, aun entre grandes escritores, de carácter bastante desagradable, y que consiste en poner el verbo en singular aun cuando la cosa que

---

[1]Sin embargo, en la época clásica se ha escrito: "asno se es de la cuna a la mortaja" (*Quijote,* Diálogo de Babiccay Rocinante, en versos preliminares); "Siempre se es el mesmo en su ánimo" (Luis de Granada, Guía de Pecadores). Pero es difícil decidir si el uso moderno continúa el antiguo en este caso o si se trata sólo de un galicismo. Probablemente, de ambas cosas.

siga esté en plural; por ejemplo: "se lee libros". Entre el vulgo de Hispano-América, se oye a menudo "se vende patatas," etc.

La explicación de ese giro creo que es ésta. En "se llama a los amigos" se ha visto un caso de complemento de persona con preposición; y cuando el complemento es de cosa, se han limitado a suprimir la *a*, juzgando que se trata de la alternancia "veo a Pedro" "veo el libro". Miguel de Unamuno escribe: "Hácese bastones' ya que no de papel de cartulina." [1]

El mismo giro se encuentra en Benavente y en otros excelentes escritores. Pero es muy de lamentar que tal vulgarismo se aclimate. Precisamente en las frases del tipo "se leen libros" se conserva pura la primitiva construcción románica que vino a actuar de voz media, voz que el indo-germánico había poseído, y para la que el latín no tuvo ya órgano morfológico; la conciencia popular siente perfectamente la concordancia en esos casos: ¿por qué pues introducir esas horribles oraciones de la clase de "se encuentra vagabundos" "se lee estas frases"?

Confundido por estas construcciones, un argentino, el Sr. Gabriel, ha consagrado un largo estudio a este asunto,[2] y se ha confundido completamente. No ha investigado la historia de estas frases [3] y llega a la consecuencia absolutamente inadmisible de que debe decirse "se lee libros". Su teoría no sería de temer si no coincidiera con el hecho de que grandes escritores leídos en América emplean alguna vez esa misma construcción, iliteraria y absurda si las hay.

Ojalá contribuyan estas breves páginas (que no aspiran a enseñar nada a especialistas en Filología española) a fijar algo las ideas sobre este punto en el amplio Círculo de los Maestros elementales de español y de los aficionados a estudiar nuestra lengua.

AMÉRICO CASTRO

UNIVERSIDAD CENTRAL
MADRID, FEBRERO DE 1918.

---

[1] *El Sol* de 3 de febrero de 1918.

[2] *Nueva oración activa.* Revista "Nosotros." Febrero 1917.

[3] Tampoco ha consultado la bibliografía sobre la materia. Si hubiese leído el estudio de F. Hanssen, *La pasiva castellana* (Anales de la Universidad de Chile, 1912) es seguro que habría variado en su modo de pensar.